



UN FANTASMA LLAMADO BIDAULT

La extrema derecha contra De Gaulle

Regresado del exilio, más virulento que nunca, Georges Bidault ha dado en París, una conferencia de prensa pidiendo al público que vote «No» en el referéndum que debe decidir la reforma —la desaparición— del Senado, o Cámara alta. Las razones de Bidault no son las de un simple defensor del Senado: son las de un político que quiere aunar a la extrema derecha para combatir a De Gaulle. Para Bidault, los esfuerzos del general para sumarse la derecha tras los acontecimientos de mayo, reflejada en las amnistías de condenados por actos de rebelión militar y por la autorización que él mismo ha recibido para regresar del exilio, no son más que trampas para sostenerse en el poder y realizar una política contraria a la de aquellos cuya ayuda solicita. Bidault cree que un «No» a la reforma del Senado podría ser considerado como un «No» a la política del general De Gaulle, que se vería obligado a dimitir, y por lo tanto, a convocar nuevas elecciones presidenciales. Cree que el prestigio y la desunión de la izquierda tras los acontecimientos de mayo, en

los que no supo estar ni a favor ni en contra y se reveló como incapaz para dirigir los asuntos del país, y el resultado de las elecciones generales que se celebraron como consecuencia de esos acontecimientos, revelan que el país desea un régimen inclinado a la derecha, y que incluso los acontecimientos de política exterior, como los que han sucedido en Checoslovaquia, hacen que los franceses medios busquen gobiernos de seguridad. Bidault podría, entonces, ser ese «salvador del país» que pertenece a la mitología francesa. Su política interior y exterior sería la de «cortar el paso al comunismo», y regresaría entonces Francia a la Alianza Atlántica, tras un abandono de la «apertura hacia el Este». Si algunas de las premisas de las que parte Bidault —el prestigio de la izquierda, la inclinación hacia la derecha de la masa electoral, el desgaste del poder del general De Gaulle— parecen ciertas, parece en cambio menos seguro que Bidault pudiera aparecer como «salvador». En la foto, G. Bidault con su esposa, Suzanne.

MIEDO EN EUROPA

Los intentos de reconstrucción de la OTAN

Los esfuerzos diplomáticos y de los servicios de inteligencia de Alemania Federal se esfuerzan en estos momentos en crear, en Europa, una corriente para forzar a los Estados Unidos a acrecentar su participación militar en Europa, y en crear una reforma vigorosa de los organismos militares atlánticos. La reunión regular de la OTAN se celebrará en diciembre. Las propuestas de celebrar una reunión de urgencia no han tenido éxito y es posible que, en todo caso, haya una reunión excepcional en noviembre, a

menos que los acontecimientos mundiales, naturales o provocados, requieran otras medidas. Una pieza clave en este movimiento diplomático y político es la de hacer abandonar a De Gaulle su posición de que «no existe amenaza inmediata y directa (carta de marzo de 1966 a los países del Pacto del Atlántico), que provocó la retirada de Francia de la OTAN. Los comentarios franceses a los acontecimientos de Checoslovaquia (conferencia de prensa del general De Gaulle), y la amenaza soviética de intervenir en Alemania son

LA PERVERSION DE LA PALABRA



«UNA DENUNCIA PURAMENTE FORMAL»

Lefebvre ha recordado no hace mucho que la ciencia consiste en un idioma bien hecho. El rigor de la palabra, tan poco respetado por poetas y literatos, porque una de sus fundamentales misiones radica en la «revolución permanente» del lenguaje, se impone, sin embargo, cuando se trata de conformar su función de sintonía social a realidades concretas, de modo que sean comprendidas y asimiladas por la mayoría. Por ejemplo, la realidad de los hechos políticos, sociológicos, económicos..., científicos, volviendo al recuerdo del filósofo francés. De los «extremistas» de la escuela de Viena al estructuralista Barthes, de Sartre a Merleau Ponty, del polaco Schaff a Piaget, la reflexión sobre el lenguaje ha ido adquiriendo progresivamente una importancia central.

En el nivel político, el confusionalismo semántico constituye un problema capital, planteado con frecuencia por nuestro compañero E. Haro Tecglen. Por mucha que sea la autovigilancia a que se someta el que describe o interpreta acontecimientos políticos, no es fácil escapar a la presión de las logomaquias al uso, de la jerga periodística tácticamente convenida que deforma, siempre, lo que se quiere exponer. Pasiones o intereses —a veces sólo la pereza mental— condicionan la inversión de la enseñanza machadiana y la verdad expresada se convierte en jeroglífico: de «lo que pasa en la calle» se va a «los eventos consuetudinarios que acontecen en la rua», y hablar es, en ocasiones y en contra del dicho popular, la mejor manera de que la gente no se entienda.

Felipe Mellizo acaba de publicar un libro sobre «El lenguaje de los políticos» (Ed. Fontanella), ingenioso, útil y hasta desmitificador en algunos de sus aspectos —aunque el propio autor infunda a esta última palabra una carga ideológica— y, desde luego, original hipótesis de trabajo que convendría fundamentar y prolongar. El problema de la comunicación se agrava cuando las palabras decisivas se insertan en un contexto que comporta juicios de valor u obedece a propósitos propagandísticos. Su auténtico significado se deteriora o se disuelve cuando se desvía, conscientemente o no, la finalidad expresiva que le corresponde. Hay oportunidades en que parece urgente ahondar en las tesis de Mellizo en busca de una fórmula, tal vez imposible, que permita devolver a la palabra en cuestión su contenido original.

Hay, sin embargo, palabras polivalentes, palabras-cajón-de-sastre que al generalizarse han incorporado con generalidad un variomundo de conceptos no pocas veces contradictorios. No es vana la tarea de recobrar su sentido inicial, y si tal recuperación ofrece resistencia, resulta apremiante tornar transparente el concepto que enuncian, mal interpretado u oculto para muchos —utilizando la metáfora de una carta

que hemos recibido— «al esqui acuático, que no saben practicar la pesca submarina». E. H. T., en una nota aparecida en el último número de la revista, ponía de relieve esta necesidad al denunciar las distintas intenciones que esconde una palabra concreta —«estalinismo»— de acuerdo con los supuestos ideológicos, o de cualquier otra índole, del que la emplea. Nuestro colaborador citaba, al respecto, algunas de las firmas inscritas en el amplio abanico de TRIUNFO, subrayando la personal puntería de los disparos de Karol, Aragon o Garaudy.

Nosotros nos hemos servido editorialmente —portada y nota del número 327— y en una nota personal del que esto escribe —número 328— de la palabra «estalinismo» para explicar el verdadero origen, la legítima raíz, de los sucesos checos, origen y raíz escondidos bajo la anécdota de unos hechos en cuya interpretación cabe con facilidad el error si no se profundiza. Si algunos, intencionadamente, identifican el «estalinismo» con todos los métodos de transformación de la realidad socioeconómica, otros se contentan cómodamente con la condena formal que se hizo en el XX Congreso, en la denuncia krutcheviana. Y ni el terror es consustancial con todos los movimientos transformadores, ni la interpretación psicológica de su práctica —el llamado «culto a la personalidad»— agota el significado del fenómeno.

Tal como nosotros hemos empleado el término, tal como lo emplean los que no se contentan con describir sus manifestaciones atribuyéndolas a paranoias u otras deformaciones mentales, el «estalinismo», producto histórico de las condiciones en que se llevó a cabo una determinada revolución, forma esclerótica no disuelta con un terrible discurso purificador, en su expresión actual representa la pervivencia de unas estructuras burocráticas que responden a una lógica propia, de las que han surgido una estrategia y unos métodos específicos. Estructuras caracterizadas por la estrechez teórica, y una dogmática que persevera frente a la tozudez de las nuevas realidades incapaz de alentar todo salto cualitativo. Por ellas prevalece la razón de estado y el conservadurismo más tenaz frente al dinamismo de las contradicciones que cruzan hoy las sociedades de los tres mundos. Al margen de todas las interesadas campañas propagandísticas, de un lado, y de la ceguera de parte del otro, nos ha importado mucho recoger —en las notas aparecidas en los números anteriores de la revista— la voz de los que no se han conformado con una interpretación superficial y han profundizado «en un fenómeno mucho más amplio que el propio caso checoslovaco... las concepciones y los errores existentes al respecto» (Granma 4-9-68) en el seno de los movimientos transformadores. ■ E. G. R.